

## Atlas de la diversidad religiosa en México

Odile  
Hoffmann

Renée de la Torre y Cristina Gutiérrez Zúñiga (coordinadoras)  
CIESAS, COLJAL, COLEF, COLMICH, UQROO, SEGOB, CONACYT  
México, 2007  
335 págs.



reseña  
compte rendu

EN LA DÉCADA de los 1960 se pensaba en una modernización asociada a un inevitable “desencantamiento” del mundo donde las religiones no tendrían papeles más allá de las esferas individuales, íntimas o domésticas. Hoy tenemos que reconocer que la globalización va más rápido; es más intensa y más diversificada la búsqueda de sentido espiritual y religioso. De esto se benefician las Iglesias en cuanto instituciones, tanto las históricas como otras de menos data. Llegan incluso a competir entre ellas y a elaborar verdaderas estrategias de expansión territorial dentro o fuera de lógicas nacionales. Pero esta movilización religiosa no sólo se juega en las altas esferas de las instituciones. Se debe también a iniciativas del “hombre común” que encuentra así salidas a su cotidiano, a sus angustias o simplemente a sus expectativas de “vivir bien” con sus familiares y cercanos, lejos de cualquier opción ideológica. Al cruce de estas dos perspectivas, sin negar ni privilegiar una sobre la otra, los autores de la obra *Atlas de la diversidad religiosa en México* no ignoran el aspecto geopolítico de la expansión protestante en México desde EEUU, por ejemplo, pero no lo vuelven centro ni eje de interpretación, ni lo vuelven diabólico. Prefieren alejarse de caminos ya andados e informarnos sobre las dinámicas religiosas en curso, sin caer en simplismos o denuncias fáciles.

El *Atlas de la diversidad religiosa en México* se presenta como una obra de referencia y de análisis pensada para un público amplio: el estudioso, el curioso, el religioso. En base a una amplia base bibliográfica, retoma esfuerzos anteriores sin exclusiva dogmática y aborda sin prejuicios varios enfoques: lo antropológico, lo estadístico, lo geográfico. Está muy bien estructurado, en tres partes y 14 capítulos, con un CD-rom incluido, lo que permite a cada uno encontrar lo que busca sin perderse.

Como lo indica su nombre “Atlas”, se trata de una obra que maneja datos censales cartografiados. Ante todo hay que reconocer este esfuerzo por parte de científicos sociales, especialmente de antropólogos y antropólogas, lo que demuestra una gran apertura intelectual que ojalá haga escuela. El esfuerzo dio excelentes frutos gracias a un manejo a la vez riguroso y flexible de los instrumentos estadísticos y cartográficos.

Técnicamente, los y las autores siguen una metodología clásica y comprobada: primero analizan los grandes conjuntos que permiten precisar similitudes y ubicar diferencias básicas, reconocer estructuras, desvelar tendencias históricas, etc. Nos recuerdan así, de entrada, que las dinámicas de

diversificación religiosa, tan intensas como puedan ser, se enmarcan todavía en un contexto de mayorías católicas abrumadoras, en especial en algunas regiones del centro-occidente del país; o que las minorías de Testigos de Jehová mantienen perfiles socioeconómicos netamente distintos a los de, por ejemplo, los Pentecostales. En una segunda fase del análisis, se pueden tratar los fenómenos “residuales”, los que permiten intuir procesos nacientes y significativos aunque todavía minoritarios. En esta veta, los y las autores insisten en particular sobre el grupo de las personas “sin religión”, al que dedican varias páginas en cada capítulo.

Los autores supieron esquivar las trampas del dato duro, multiplicando los indicadores y sus usos (valor absoluto, porcentual, representación cartográfica, monografías), lo que les permite matizar los resultados alcanzados con una u otra técnica de investigación: a veces éstos convergen en establecer una descripción o un diagnóstico, pero a veces divergen. Y es precisamente en estos desfases donde reside la mayor riqueza del análisis cuantitativo, cuando se logra “hacer hablar” las cifras. Para esto se necesita contextualizar los datos a distintos niveles, nacional, estatal, municipal, hasta las comunidades. Esta combinación de escalas permite revelar procesos inéditos o plantear nuevas preguntas, como por ejemplo: ¿por qué los presbiterianos, los menonitas, nazarenos y metodistas tienen una repartición diferenciada a nivel nacional –en algunas regiones más presentes que en otras–, cuando los bautistas están en todo el territorio? ¿Cómo algunas denominaciones privilegian ciertos espacios –rurales o urbanos por ejemplo– cuando otros se “especializan” por estratos sociales y socioeconómicos, sin diferenciación espacial?

La obra nos recuerda que el dato censal y su representación cartográfica sólo cuestionan, nunca dan respuesta tajante. El *Atlas* se vuelve una formidable herramienta de análisis y reflexión para matizar o derrumbar algunas evidencias. Sólo mencionaré algunos ejemplos.

En cuanto al fenómeno tan crucial para el país como lo es la migración, y al contrario de lo que muchas veces se piensa y se dice, los datos estadísticos no permiten establecer correlaciones estrictas entre migración y cambio religioso. Sin embargo, algunos fenómenos sí dejan pensar en procesos por lo menos “acoplados”. El mapa de población absoluta pentecostal, por ejemplo, corresponde exactamente al mapa de las áreas de población “indígena migrante”. Se reconocen así las áreas de Tijuana, Matamoros, los campos agrícolas de la costa Pacífico norte y las zonas de origen en el istmo y sureste del país como siendo las de mayor población indígena migrante a la vez que las de fuerte presencia pentecostal. Aún si los demás mapas y el análisis estadístico global no confirman la correlación, queda la duda y la necesidad de indagar por otras vías, con otras herramientas metodológicas. Esto ilustra magníficamente el papel de la cartografía: cuestionar, sembrar dudas, proponer ideas, construir hipótesis.

Y de hecho, en otro apartado, se vuelve sobre el tema con otras apreciaciones. En efecto, se nota cómo la adscripción al protestantismo de los mexicanos instalados en EEUU crece de manera muy significativa de una generación a otra: pasa de 15% (primera generación), a 20% (segunda) y 29% (tercera). En contextos de instalación duradera, la famosa “cultura tradicional” (i.e. “católica”) de los mexicanos se adapta muy rápidamente e integra elementos religiosos de los lugares de instalación. Migración y religión encuentran ahí fuertes articulaciones, sólo que no cualquier “migración” ni cualquier “religión”.

Otra “evidencia” sólo asocia a la población indígena con un catolicismo arraigado históricamente, en particular en las regiones indígenas rurales. Los mapas muestran que tal estereotipo sencillamente no corresponde a la realidad contemporánea. Pero tampoco se puede abundar en el estereotipo opuesto que tiende a asumir una asociación estrecha entre presencia indígena y protestantismo. Ahora bien, lo que sí se verifica es una correlación entre las zonas de mayor poblamiento indígena y las zonas de mayor diversidad religiosa (y no sólo el protestantismo histórico). ¿Por qué? En lo particular, no coincide con la hipótesis de la resistencia india a una tradición católica opresiva. ¿Por qué se daría ahora, después de 500 años de haber “aceptado”

el *credo* católico? En cambio sí, la diversificación religiosa denota una enorme capacidad de agencia y de adaptación, por parte de poblaciones sometidas y subalternadas, frente un contexto global que, quizá por primera vez, ofrece mayor libertad de expresión en los intersticios del dogma y la moral religiosa mayoritaria.

Finalmente, es interesante notar cómo la diversificación religiosa que se da en el espacio y en el tiempo, también afecta el campo de las denominaciones. ¡Estamos lejos de los enfrentamientos duales entre protestantes y católicos! Los creyentes pueden circular de una práctica a otra, combinarlas al mismo tiempo o sucesivamente.

En el caso de Tijuana, se llega incluso a un proceso de “transversalización de las denominaciones”, y se subraya la “voluntad interdenominacional” de ciertos grupos o individuos religiosos que, lejos del dogmatismo institucional de ciertas autoridades religiosas, no se interesan en “una” autenticidad sino en las convergencias entre las distintas prácticas.

En toda su complejidad, las transformaciones actuales no significan una “conversión al protestantismo” masiva, ni un rechazo tajante al catolicismo sino una diversificación contextualizada, situada, que sólo se puede entender cruzando múltiples variables. Las diversificaciones religiosas participan a, y a la vez son el reflejo de las tremendas transformaciones que sufrieron las regiones de México desde hace 30/40 años. El *Atlas* termina con una magnífica conclusión que retoma e hila los múltiples cabos de esta extensa indagación. Es una obra de referencia, a la que contribuyeron 21 autores y siete instituciones co-editoras. A todos y todas, ¡muchas felicidades!